

Siempre ella

Eric Rancol González



Image not found.

Capítulo 1

Siempre ella.

¿La conociste? / Preguntóme ella / ¿Qué te pareció? / Exageradamente bella / ¿Tus intenciones...? / Las más sinceras; ser su amigo por el tiempo que me lo permita y así brindarle parte de mi alegría mientras pueda. Pero... ¿Por qué su interés en saber? / Pues... porque acabas de conocer una mujer y sin querer ya me has hablado de ella / ¿Yo? Imposible, no le conozco a usted para tal atrevimiento. / ¿Niegas tus sentimientos? / Para nada señora, pero no entiendo cómo usted, justamente ahora viene a preguntarme por una mujer que conocí hace tanto. / ¿Te parece mucho tiempo? Entonces... ¿Por qué el llanto? / ¿Llorar yo? Jamás; usted me confunde... / Sí, es increíble cómo te encuentras a la deriva, y en tus propios pensamientos nefastos te hundes. / Señora... permítame hacerle unas preguntas ¿Nos conocemos? ¿Dónde nos conocimos? ¿Cómo es posible que la escuche y no logre verla? / ¿Verme? Esa oportunidad pudieras tenerla si continuas como vas ¿Sabes ahora mismo dónde estás? / Claro que sé; acostado, descansando en el sofá. / ¿Seguro? ¿Es ahí donde crees estar? / ¿Señora usted no me ve? Hace poco me acabo de acostar. / Sí te veo pero... ¿Tu mente también se encuentra en ese lugar? / ¿Qué quiere decir usted con eso? ¿Cómo suponer que mi mente alejada está? / Porque me doy cuenta que divagas en ideas que no puedes controlar; y temes aceptar que tus pensamientos contigo no están. / No señora, conmigo no están. Tiene usted toda la razón; mi mente está allá, justo allá donde nunca podré llegar / Y... ¿Si de repente quisiera complacerte dónde te gustaría que mis poderes te pudieran llevar? / ¿Poderes? Pues...a su lado señora, dónde más; a su lado y de ser posible a su mente, dónde logre descifrar qué salió mal; dónde logre finalmente aclarar la causa de la distancia que me oprime hoy mi pecho y no me permite respirar. / Sé que anhelas escuchar lo que puede ella pensar y eso no puedo hacerlo, pero quizá algún día te des cuenta que no era necesario este malestar, y después de tanto recibas con el calor de su sonrisa una vez más la felicidad. / Gracias amable señora; aunque tenga usted esas esperanzas, yo, ahora mismo a ellas no me puedo abrazar; pero dígame algo... ¿Quién es usted? ¿Cómo es posible que la escuche, que no le vea, que me sienta agradable con su presencia y no le pueda abandonar? / ¿Realmente no sabes quién soy? ¿No imaginas con quién acabas de conversar? / No, pero realmente no importa, aunque preferiría que me lo confesara, pues... hoy sufro por la incertidumbre de una respuesta que no veo llegar y preferiría que después de estas sinceras palabras entre ambos, al menos me conceda la oportunidad de saber quién es usted y cómo otro día la podría hallar. / No te preocupes, lo confesaré, pues no quisiera que en mi compañía padecieras del mismo mal, aunque fue gracias a este que nos pudimos encontrar, pero...

¿Quieres saberlo en realidad? / Sí, no me haga agonizar. / Baste con decir que siempre estaré a tu lado cuando nadie más quiera estar. Te acompañaré eternamente en tus momentos más difíciles y cuando otros no te puedan acompañar. Entre nosotros no existirá secreto, reinará la sinceridad y... / ¿Es usted una especie de hada madrina? / No hijo mío. / ¿Es usted mi conciencia? / No hijo mío / ¿Es usted una voz inventada producto de mi locura y mi ansiedad? / No hijo mío / ¿Es usted...? / Yo hijo mío; yo soy tu soledad.

Eric Rancol González